

Capítulo 16. La nueva ruralidad en México¹

Javier Delgado Campos
con la colaboración de *Rodrigo Calderón*
Instituto de Geografía, UNAM

Resumen

En los países desarrollados, la ocupación de áreas rurales tradicionales por actividades modernas, industriales o urbanas, hacen que la actividad agropecuaria sea sólo una, y no la más importante, de la vida rural, esto ha sido denominado como “nueva ruralidad” o “rurbanización” (Bertrand *et al.*, 1987; García, 1996).

México parece ir en la misma dirección que los países desarrollados, lo mismo en el surgimiento reciente de la llamada “agricultura periurbana” cuyo éxito estriba en nuevas técnicas productivas (Lara, 1996; Arias, 1992), como en el reagrupamiento diferenciado de regiones de producción y consumo que aíslan al resto de la regiones (Delgadillo, 1993), de forma simultánea a la reestructuración socioespacial del sistema urbano nacional (Aguilar y Rodríguez, 1996). En conjunto, se verifica la persistencia de la ruralidad, lo que configura una tendencia hacia el mantenimiento y la profundización de las desigualdades entre el centro y una periferia rural-regional cada vez más amplia. Por ello, el principal objetivo del documento es presentar una lectura crítica de algunos de los trabajos publicados recientemente, en México o en el extranjero, acerca de esta nueva configuración del espacio agrícola en nuestro país.

Palabras clave: nueva ruralidad, rurbanización, localización y relocalización; tipologías de espacios rurales, relación urbano-rural, flexibilización.

¹ Este documento forma parte del estudio “Reestructuración productiva y transformación del espacio regional en México” que coordina el Dr. Adrián Guillermo Aguilar en el Instituto de Geografía de la UNAM, cuyo título original era “La nueva ruralidad en México. Una lectura de la literatura reciente”. El proyecto cuenta con financiamiento del CONACYT. Agradecemos los comentarios hechos a la versión preliminar, por Bianca R. Ramírez y por los dictaminadores de la revista, así como la acertada corrección de estilo de Martha Pavón.

Abstract

In many developed countries, urban diffusion shakes traditional rural areas so strong that agrarian activity is no longer one, nor the most important characteristic of “rural life”, particularly in the periurban zone of most dynamic cities. This has been conceptualized as “new rurality” or “rurbanization”, that may replace old terms based on center-periphery model by those of homogeneity and diversity issued from the new global ordering.

Mexico seems to go in the same way, if we attend to the emergency of a periurban agriculture based on new productive technics (Lara, 1996; Arias, 1992), the reordering of production and consumption processes in most dynamic regions that isolate the rest of the territory (Delgadillo, 1993), at the same time of a sociospatial restructuring of the national urban system (Aguilar and Rodríguez, 1996). In brief, it is possible to verify the persistence of rurality and deepening of uneven relationship between privileged centers and a wider rural periphery.

Keywords: New rurality, rurbanization, localization and relocation, rural-urban relationship, rural space typology, flexibilization.

En este documento se revisan algunos trabajos recientes que abordan la nueva configuración del espacio agrícola en nuestro país, con especial interés en su espacialidad particular cuando ésta ha sido identificada. No se trata de un estado del arte, el cual deberá abordarse en trabajos futuros, sino de la revisión de textos, publicados durante los últimos tres años, con la intención de ponderar los efectos inducidos por las modificaciones de 1992 al Artículo 27 de la Constitución, por la nueva Ley Agraria y su Reglamento de 1993 (de los cuales se ha dicho que “reescriben 75 años de reforma agraria” en el país (Aitken *et al.*, 1996: 188), así como de los efectos sobre la agricultura del Tratado de Libre Comercio (TLC) de 1994. Si tales acontecimientos han traído cambios importantes, estos deberán ser particularmente visibles en los últimos tres años.²

El hecho de que las sociedades rurales en países con distinto nivel de desarrollo se encuentren bajo un intenso proceso de cambio, cuestiona, según se verá, las conceptualizaciones teóricas clásicas que dividen “lo rural” de “lo urbano”, sin que se cuente hasta ahora con alguna alternativa teórica consistente. Además,

² Sin embargo, se harán referencias a textos anteriores cuando sea necesario.

parte de esta insuficiencia se encuentra en la fragmentación teórica que mantiene en islas disciplinarias avances importantes pero que fallan al carecer de una visión integral del proceso. Esta problemática no será abordada in extenso, pero se destacará el origen disciplinario de los distintos esfuerzos realizados para entender la nueva problemática rural, con la intención de preparar un tratamiento más profundo del tema en trabajos futuros.

Las lecturas revisadas se han agrupado, tentativamente, en tres bloques temáticos: uno, globalización y neoliberalismo; dos, flexibilización y agrosistemas y, tres, patrones espaciales; en los tres casos se especifican los conceptos, categorías o términos que proponen los distintos autores.³

Globalización y neoliberalismo

En los años noventa la conciencia, cada vez más clara, de que enfrentamos una cierta “crisis de paradigmas” en prácticamente todas las disciplinas, se acompaña con un discurso creciente sobre la emergencia de la llamada globalización. En ambos casos, el debate dista mucho de haberse resuelto a pesar de reconocer la evidencia de uno y otro: los conceptos tradicionales ya no explican la realidad y una avalancha de procesos testimonia la creciente interrelación económica, política, cultural y social entre bloques regionales, ciudades y regiones.

No es la intención abordar aquí esas problemáticas, sino rescatar los aportes que, han dejado en el caso de la agricultura y la ruralidad. En efecto, en este campo también se encontrarán los temas preferidos en los análisis sobre la globalización: la articulación local-global mediante cultivos de exportación, de la tecnificación de las actividades agrícolas, del retiro de la intervención del Estado y su sustitución, en la práctica, por la acción de agencias internacionales y, sobre todo, de la aparición de nuevas formas espaciales como resultado de esos procesos.

Es necesario mencionar que la selección de textos se ha realizado a partir de una acepción particular de la globalización, no como un proceso homogeneizador y totalizante y hasta cierto punto inevitable sino, por el contrario, considerándola como la expresión de una propuesta particular de política económica que pretende ocupar el vacío generado por la prolongada onda larga de crisis

³ Se han detectado, también, otros dos bloques temáticos relativos, uno a las nuevas tecnologías que frecuentemente acompañan a aquellos cambios, y dos, la intensificación de la polarización social que representan esos procesos para un segmento significativo de la población rural. Ambos temas serán tratados en otra ocasión.

económica y política de los ochenta –en nuestro caso, desde los setenta– y que se sustenta en la preeminencia asignada a los mecanismos de mercado, con una orientación exportadora, la cual ha sido identificada como política neoliberal.⁴

Así, por ejemplo, Norman Long interpreta –desde la sociología–, los efectos de la ciencia y la tecnología en la agricultura mediante indicadores de mecanización, insumos químicos, investigación bio- tecnológica y automatización. Insiste en la relación que hay entre la articulación global-local, la disolución en marcha del antiguo Estado-nación y la emergencia de nuevas formas sociales (movimientos sociales-identidades regionales), lo que le permite percibir la globalización como un “proceso socialmente construido y constantemente renegociado”, y no como algo que deba suceder fatalmente (Long, 1996: 61).

En relación con la espacialidad, Long cuestiona el tradicional enfoque de los sesenta que describía el orden mundial en términos de “centro-periferia” o “metrópolis-satélite” y propone otro enfoque basado en un nuevo ordenamiento global en términos de homogeneización-diversidad. En consecuencia, propone los conceptos de nueva ruralidad, localización y relocalización:⁵

- *nueva ruralidad* como la “naturaleza diferenciada de las estructuras agrarias y de las redes interfásicas” (*op. cit.*: 62);
- *localización* como la modificación compleja de las formas locales de organización y conocimiento como efecto de las cambiantes condiciones externas y,
- *relocalización* como el resurgimiento de compromisos locales y la reinención o creación de nuevas formas sociales locales que surgen como parte del proceso globalizador.

⁴ Para una discusión de las distintas acepciones de la globalización y de su diferenciación con la política neoliberal, la primera como un proceso fundamentalmente económico (de las empresas transnacionales) y la segunda como un proceso político (véase Ramírez y Tapia, 1999). Ianni, por su parte, distingue tres grupos principales de discursos sobre la globalización, que por lo incipiente de su desarrollo llama metáforas: uno, el de “aldea global” (centrada en la difusión de la sociedad urbana y los adelantos informacionales); dos, el de “fábrica global” (referido a procesos y formas económicas de producir), y tres, el de “nave espacial” (más general y relacionado con la idea de modernidad y sus contradicciones; Ianni, 1996:3-12).

⁵ Aunque las referencias originales remiten a Coriat y Aglieta, quienes se han preocupado por sus repercusiones espaciales han sido Lipietz y Leborgne (1990) y Lipietz y Benko (1992). En México, Ramírez (1996) lo incluye en una amplia revisión de los principales postulados teóricos del análisis regional, Hiernaux (1991), como parte de la construcción de un nuevo paradigma regional, y Rosales (1998), para explicar las nuevas tendencias de localización espacial de la pequeña industria.

Por su parte, Lara y Chauvet critican las posiciones que atribuyen a la globalización un “poder homogeneizador”, y proponen revalorar el papel que pueden jugar los actores locales o relocalización entendida, –de acuerdo con Long–, como la reestructuración o recreación de las formas sociales (Lara y Chauvet, 1996: 23).

Uno de los conceptos clave –también desde la sociología rural– para identificar los procesos de relocalización, es el de competitividad, pues a diferencia de la fase de desarrollo anterior, en donde la lucha era por conquistar el mercado interno, ahora se trata de “salir de él” (op. cit., p. 32). Adicionalmente, la noción de competitividad permite territorializar aquellos procesos sociales mediante las nociones de desigualdad y particularidad regionales en la medida en que éstos afectan directamente la competitividad de los lugares.

La crítica al neoliberalismo –y su diferenciación de otros cambios inducidos por la globalización– es más de corte político que económico. Así, Jones asegura que las reformas introducidas entre 1992 y 1994 a las distintas leyes y reglamentos agrarios, antes que una reforma económica, significan una nueva ideología –la neoliberal– para el campo, que por cierto, marca una convergencia ideológica del PRI con el PAN, pero cuyo fin es sustituir el viejo corporativísimo agrario –que tan buenos frutos dio en el pasado–, por un nuevo corporativismo fuertemente controlado en la perspectiva de una estabilidad que resulta, no de impedir el cambio, sino de permitir el cambio para producir una cierta continuidad (Aitken et al., 1996: 190).

Sin embargo, desde la perspectiva de la economía rural, es falso, –apunta Calva–, suponer que la privatización del campo conlleva una mayor eficacia productiva como sostienen los defensores del modelo neoliberal. Mediante el estudio de largo plazo de la economía rural, destaca que durante las dos bonanzas económicas conocidas, la del milagro mexicano de los años sesenta y la más efímera de fines de los setenta, el ejido jugó un papel primordial al aportar 51 % del valor global de la producción agrícola, lo cual demuestra que la oferta agrícola es “... indiferente de la tenencia de la tierra y es muy sensible al estímulo de precios remuneradores” (Calva, 1997: 205).

Otra arista de las implicaciones de las políticas agrarias recientes es abordada por Barkin, –también economista– para quien la actual vulnerabilidad alimentaria es resultado de la política neoliberal que hizo incosteable la siembra de cultivos básicos. De acuerdo con la óptica de la rentabilidad, los distritos de riego y los agricultores de productos comerciales captaron los pocos recursos destinados al campo, excluyendo a la gran mayoría de los grupos indígenas, campesinos y población marginada, que habían jugado un papel vital en el desarrollo de Mé-

xico (Barkin, 1997: 221). Sólo un proyecto alternativo, campesino e indígena, posible hoy gracias a su herencia histórica, puede recuperar la autosuficiencia alimentaria, tener en cuenta el costo social de la utilización del agua y el costo de oportunidad al subutilizar la infraestructura de las áreas de temporal (op. cit.: 225). Para ello, un elemento central de la nueva estrategia es el fortalecimiento de la base social y económica de las comunidades autónomas (Ibid.: 229), que cristalizan uno de los objetivos más precisos del movimiento indígena de nuestros días.

Con riesgo de minimizar la aportación principal de la economía rural, se puede decir que consiste en considerar a la población rural y a las actividades y territorios agrícolas como parte fundamental del modelo de desarrollo nacional y no sólo como un problema económico “sectorial”. Este punto de partida ha sido reconocido, -al contrario de lo que sucede con los neoliberales mexicanos-, en las economías desarrolladas de fines del siglo XX, en donde

... las nociones, ideologías y acciones que dan forma a las áreas rurales son centrales a la dirección (que toma) el desarrollo nacional (así como) el mantenimiento de la cohesión social al interior y entre las regiones (Marsden *et al.*, 1992).

Flexibilización y agrosistemas

En este caso, en las lecturas seleccionadas se empieza a aplicar a “lo rural” un concepto que nació en un ámbito “urbano” de reflexión: el de “flexibilidad” de los nuevos procesos de producción elaborado por la escuela regulaclonista francesa según la perspectiva de la economía política, pero con un mayor acento territorial.

El término se utilizó para explicar los cambios verificados desde los años setenta en los países desarrollados, tanto en los procesos productivos basados en la producción en serie, como en los modos de regulación salarial. Esta combinación histórica fue caracterizada como fordismo, por el caso paradigmático de la producción automotriz estadounidense “exitosa” hasta la década de los ochenta, cuando la gran unidad fabril fue fragmentada -gracias a la flexibilidad- en numerosos procesos parciales, y los rígidos controles salariales se volvieron innecesarios ante la deslocalización de actividades hacia zonas de bajos salarios. El concepto de flexibilidad ha permitido explicar las dos vías principales seguidas por distintos países desarrollados, -posfordismo y neotaylorismo (Leborgne, 1998:440)-, pero el tema específico del espacio fordista -básicamente urbano- se

ha estudiado poco (Bidou, 1998:135), mientras que su aplicación al campo de lo rural es todavía más incipiente.

En esta perspectiva, –en una atractiva interacción entre economía política y sociología agrícola–, Llambí interpreta el surgimiento de sistemas agroalimentarios como un caso exitoso de procesos flexibles que revelan, además de los aspectos meramente técnicos, el desgaste de los mecanismos nacionales de regulación y, por oposición, el reforzamiento de los mecanismos globales. Esto se muestra mediante el seguimiento de los mecanismos institucionales de articulación global-local (redes interfaces, según Long), en dos niveles: primero, estableciendo el equilibrio de poder entre diferentes fuerzas sociales al interior de los distintos Estados-nación, y segundo, identificando el margen de maniobra de los estados nacionales ante las agencias de regulación globales. En relación con la insuficiencia de las definiciones de lo rural, basadas en la baja densidad, predominio de la actividad primaria y patrones tradicionales de vida, Llambí cita los esfuerzos europeos por definir la espacialidad de la nueva ruralidad, a partir de la generalización de ciertos procesos urbanos, como los de “contraurbanización o suburbanización” (Llambí, 1996: 87).

Una alternativa de la sociología rural, que, ante el anacronismo de la dicotomía rural-urbano, retoma sugestivos conceptos como reurbanización, agrociudades y agricultura periurbana, así como una referencia explícita a la espacialidad que están adoptado los procesos flexibles en el campo, es planteada por Sara Lara, quien parte del supuesto de que las sociedades agrarias actuales se “desagrarizan” por el aumento de actividades no agrarias en su territorio y de que la población campesina se desplaza a ciudades medias y pequeñas. Esta movilidad reconfigura los mercados de trabajo, ahora con una presencia notable de las mujeres, sobre todo en las formas de organización social (Lara, 1996: 148). En términos socioespaciales, lo anterior lleva a la formación de la agricultura periurbana que consiste en: i) la movilidad campesina de mujeres jóvenes desde los ejidos y las comunidades rurales (en la periferia intermedia y regional de una ciudad), y ii) la movilidad de mujeres adultas desde la periferia hacia los campos de cultivo (*op. cit.*: 159).

Este movimiento coincide con el traslado progresivo –y conflictivo– de antiguos residentes urbanos hacia poblados rurales en los alrededores de una ciudad importante, que investigadores de “lo urbano” denominaron reurbanización en el caso de Europa y que con frecuencia incluye una “segunda residencia” de sectores medios, tales como universitarios y profesionistas. En México, la magnitud de este proceso se ignora porque el censo oficial de población y vivienda no está diseñado para detectarlo. Aunque probablemente atañe sólo a un porcentaje pequeño de su población, la insultante disparidad entre los niveles de ingreso que

padecemos, permite suponer que la existencia de la “segunda residencia”, no es despreciable.⁶

De cualquier forma, estos intercambios producen un “traslape” que puede ser interpretado como “urbanización de la vida campesina” tanto como “ruralización de la periferia urbana”. Ello cuestiona, según Lara, la tradición teórica precedente (principalmente la marxista) en donde la oposición campo-ciudad contemplaba la urbanización del campo y nunca a la inversa, la ruralización de la ciudad (Ibid.: 60). Asimismo, indica que las empresas agroexportadoras tienden a ubicarse cerca de las ciudades por su infraestructura, mientras que los migrantes tienden a ubicarse en corredores que concentran la producción hortícola de exportación (Ibid.: 56).

Por su parte, un ensayo que con base en la economía reivindica la región como unidad territorial de análisis, es el aportado por Bustamante.⁷ En su estudio, la región de Tierra Caliente en Guerrero es un ejemplo de transformaciones sucesivas en el agro –no sólo las globales, más recientes– ocurridas en distintas fases de desarrollo económico: durante la reforma agraria cardenista, la política de cuencas hidrológicas de los años cuarenta, así como la experimentada durante la “revolución verde” de los sesenta y más recientemente, mediante el asentamiento y consolidación de capitales agroindustriales transnacionales (Bustamante, 1996: 18).

Bustamante observó con agudeza que la penetración de capitales foráneos para aprovechar los recursos productivos locales –clima, suelo y agua– fue posible gracias al vacío de producción que dejó como resultado la crisis agrícola que sufrieron los campesinos de la zona durante los ochenta (op. cit.: 18). Las formas tradicionales, sin embargo, tienen la capacidad de resistir y articularse a las nuevas formas, se refuncionalizan (relocalizan, según Long), siempre y cuando cuenten con el recurso básico, que es la tierra (Ibid.: 21). Cabe mencionar que, en concordancia con lo observado en otros sitios, la región se integró al mercado mundial mediante

⁶ Uno de los primeros estudios sobre la urbanización del campo fue realizado en Toulouse, pequeña pero dinámica e importante aglomeración metropolitana del sur de Francia, por Kayser (1981) “Vendeurs de terre à la Peripherie des villes”, citado en Icazurriaga (1992:181). En México, y en el caso de la Ciudad de México, Acuña y Graizbord (1999) han estimado la magnitud probable de los commuters potenciales en la Región Centro, mediante un método indirecto, pero con gran suspicacia: la identificación de PEA no agrícola que reside en municipios “rurales”, lo cual apoya la idea de que la extensión periurbana de la ciudad puede ser más amplia de lo que se supone.

⁷ Por supuesto, son varios los autores que han puesto de relieve la pertinencia analítica del concepto de *región*, como es el caso de Barkin, Bassols y Bataillón. En este avance se hace referencia sólo a trabajos recientes.

la especialización en cultivos comerciales, de ajonjolí primero y de melón para la exportación después (*Ibid.*: 266). El éxito es relativo, pues este tipo de producción constituye una forma de economía de enclave, con escasa integración a la economía de la región y con una gran volatilidad del capital invertido (*Ibid.*: 271).

La transposición del concepto de la flexibilidad, de lo urbano a lo rural, es otro ejemplo de la paradoja de cuestionar la validez conceptual de la oposición campo-ciudad y, sin embargo, recurrir a sus herramientas metodológicas para definir una y otra. Esta paradoja queda de manifiesto cuando se analizan los patrones espaciales que adoptan los nuevos procesos agrarios.

Patrones espaciales de la nueva ruralidad

En contraste con el avance logrado en la conceptualización social, económica y cultural de la nueva ruralidad, aún se recurre a conceptos espaciales tradicionales para explicar las formas que aquella presenta, sin embargo, hay avances significativos. Por ejemplo, el aportado por García (1996), quien coincide en señalar la insuficiencia de las dicotomías campo-ciudad y la obsolescencia de las definiciones de la ruralidad contenidas en el discurso de organismos internacionales europeos.

En el caso de la Comunidad Económica Europea (CEE), por ejemplo, se reconoce que “la ruralidad” rebasa claramente el marco geográfico de “lo agrario”, pues incluye “todo un tejido económico y social” que abarca actividades sumamente diversas, que incluyen además de la agricultura, a la artesanía, a la pequeña y mediana industria, y al comercio y servicios. Sin embargo, al tipificar las distintas áreas rurales, la CEE recurre al viejo esquema de centro-periferia y las define espacialmente de acuerdo con tres tipos:

Tipo 1: zonas rurales centrales, próximas a las grandes aglomeraciones y centros industriales o terciarios, en donde la distancia otorga un mayor valor a la agricultura intensiva.

Tipo 2: zonas rurales periféricas, divididas a su vez, según su ubicación, en un medio económico favorable gracias a la implantación de actividades económicas no agrícolas, como el turismo y la pequeña industria, o bien, desfavorable en aquellos sitios en donde se mantiene el predominio de las actividades agrícolas tradicionales; ambos tipos están alejados de las aglomeraciones.

Tipo 3: de alta montaña, o espacios periféricos, poco poblados pero que pueden incluir sitios altamente vulnerables desde el punto de vista ecológico (op. cit.: 40-41; Tabla 1).

Por su parte, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) define las regiones rurales de acuerdo con un “grado de ruralidad” que sólo considera la densidad, pues el criterio central es el porcentaje de población que habita en “áreas rurales”, definidas éstas como aquellas comarcas con una densidad menor a los 150 hab/km².⁸ Su tipología distingue tres grupos: a) predominantemente rurales (más de 50% de su población residente en áreas rurales); b) significativamente rurales (de 15 a 50% en áreas rurales) y, c) predominantemente urbanizada (menos de 15% en áreas rurales; *Ibid.*:57).

Ahora bien, si la densidad puede ser útil para definir una tipología espacial, por otro lado es insuficiente para explicar los procesos que le subyacen, pues ésta depende de factores históricos, tales como los distintos procesos de modernización, los cuales afectan el patrón de ocupación regional y que sólo figuran “implícitamente” en la medición de la densidad. Un modelo espacial con base en el gradiente de densidades no explica el proceso histórico, sino que las explicaciones (sociohistóricas y sin modelo espacial) le tienen que ser agregadas. A esto se hace referencia tanto al hablar de una insuficiencia de los conceptos espaciales tradicionales, como cuando se sugiere la emergencia de una nueva ruralidad sociohistórica: de una parte, una ciencia regional que construyó modelos espaciales empíricamente demostrables pero sin hacer explícitas sus “variables” sociales y, por otro lado, las aproximaciones recientes, –principalmente sociológicas y económicas–, que carecen de un modelo espacial propio.

García Bartolomé apunta que el interés de los organismos comunitarios por el ámbito rural se debe a su magnitud, pues éste representa a la mitad de la población y un poco más de un 80% de la superficie de la Comunidad Europea, lo cual sucede –remarca el autor–, en una sociedad muy urbanizada. Es decir, la densidad no explica los procesos rurales pero permite a esos organismos definir políticas agrarias y de desarrollo en términos territoriales, más que socioeconómicos, en función de su proximidad a las grandes aglomeraciones urbanas del centro y norte de Europa y de algunas regiones costeras mediterráneas. Centro y periferia, como en los viejos tiempos de Isard, sólo que ahora no se refiere únicamente a un patrón espacial, sino a procesos socioeconómicos y políticos –centrales y emergentes–, no contemplados en aquel modelo.

La noción de centralidad de las grandes aglomeraciones, permite delimitar así, las áreas desarrolladas en el caso de la cuenca París-Norte de Europa-Sur de Inglaterra caracterizados por un notable crecimiento de la población rural, movi-

⁸ Excepto Japón, en donde el umbral es de 500 hab./km².

Tabla 1. La espacialidad de la nueva ruralidad según distintos enfoques temáticos.

Globalización y neoliberalismo		
Autores	Conceptos	Espacialidad
Lara y Chauvet (1996) Long (1996)	nueva ruralidad: diversidad de formas de agricultura, tipos de empresa y “redes interfásicas”. localización y relocalización: modificación de formas locales de organización y conocimiento por la globalización. competitividad: mecanismo principal de la relocalización	• economía-mundo • local
Barkin (1997) Calva (1997)	seguridad/vulnerabilidad alimentaria	• lo agrícola parte del desarrollo nacional
Flexibilización y ecosistemas		
Autores	Conceptos	Espacialidad
Llambí (1996) Lara (1996) Bustamante (1996)	flexibilidad: mecanismos de articulación global-local redes de interfases (Long)	• contraurbanización • suburbanización • región (Tierra Caliente)
Patrones espaciales		
Autores	Conceptos	Espacialidad
García (1996) Lara (1996)	Insuficiencia-obsolescencia dicotomías campo-ciudad-ruralidad rurbanización agricultura periurbana	CEE • ZR centrales* • ZR periféricas* favorable desfavorable
Pepin (1997)	agrociudad	• ZR alta montaña* OCDE (dens. rural-150 hab/km ²) • Predominantemente rural • significativamente rural • predominantemente urbano

* ZR: Zonas rurales.

mientos masivos de población a la periferia de las ciudades o a sus “cercanías” (sin especificar el manejo del factor distancia) y de instalaciones de servicios y recreativos (el “regreso al campo”), y en el otro extremo (con situaciones intermedias),

las zonas “en declive rural” con fuerte expulsión de población rural y predominio de actividades tradicionales (op. cit.: 41-42).

El caso de España, calificado por García Bartolomé como de “contra-urbanización” y “urbanización del campo” (op. cit.: 49), muestra con toda su crudeza, la paradoja de enfrentar una situación muy dinámica en el campo y la necesidad de recurrir a conceptos de la economía espacial elaborados para un contexto urbano.

El concepto de contraurbanización fue propuesto para explicar el giro observado en la urbanización

estadounidense en la década de los setenta, cuando los mayores centros urbanos bajaron sus tasas de crecimiento y perdieron población. Las primeras interpretaciones de ese cambio inesperado (en la literatura predominaba la idea de la urbanización sin fin) lo consideraron como “una ruptura sin precedente con el pasado”, pero siguieron otras explicaciones que argumentaron que esa ola de descentralización no significaba el fin de la ciudad principal (implícito en la noción de contraurbanización) sino que se extendía y derramaba sobre otros centros urbanos intermedios cercanos, lo que fue interpretado como una “reversión de la polarización” por Richardson, más que una ruptura definitiva con la ciudad principal (Geyer y Kontuly, 1993: 159-160).

Todo ello condujo a Geyer y Kontuly a postular su idea de la “urbanización diferenciada” como un continuum urbano-urbano de acuerdo con el cual, un sistema urbano avanza, a través de dos grandes fases (el de la ciudad principal y el de la ciudad intermedia, divididas en seis fases diferenciadas), que se caracterizan espacialmente por la aparición y madurez del suburbio y por procesos de descentralización hacia ciudades intermedias, primero dentro de la región y luego en regiones vecinas (Ibid: 160-164).

Así, aunque la última fase de la “urbanización diferenciada” consistía en el crecimiento e importancia de la ciudad pequeña (small city) como su rasgo más característico, el modelo no habla de centros rurales que evolucionan hacia estadios urbanos. Es probable que muchos centros rurales sean ciudades pequeñas, pero no a la Inversa, y tampoco podemos asumir –sin demostrar– que la única perspectiva factible de los centros rurales sea la de convertirse en ciudades. Sin embargo, esa es la idea central del concepto del continuum y expresa la paradoja de recurrir a un enfoque evolucionista para referirse a la situación rural actual reconocida como novedosa: o la idea del continuum es cierta y las “ciudades rurales” tarde o temprano se convierten en ciudades, o habrá que buscar un concepto apropiado para caracterizar la evolución particular de las “ciudades rurales”.

Esas nociones se pensaron desde la perspectiva de la ciudad, ciertamente, frente a un progresivo avance y dominación sobre el campo, lo cual fue percibido en la ciencia regional como una “difusión de la urbanización”. Así, la contraurbanización, o “fase de la ciudad pequeña”, expresaba más una saturación del sistema urbano, como resultado del cese o disminución de la migración rural-urbana debida, a su vez, a la disminución absoluta de la población rural (Ibid.: 164) y no –como presenciamos ahora–, como una revitalización del ámbito rural.

Es tal vez por el sesgo fuertemente evolucionista implícito en el concepto de contraurbanización, que García Bartolomé ubica, como origen de la insuficiencia teórica para describir la nueva ruralidad europea, al concepto antropológico del continuum rural-urbano de Redfield, si bien reconoce que ese continuum le permite, todavía, construir una medida de la ruralidad en sociedades postindustriales (op. cit.: 45).

Lo anterior que da ejemplificado con gran nitidez, en el caso de México, en un estudio que proviene de la antropología rural, esta vez, escrito por Pepin, el cual resulta particularmente enriquecedor por las referencias espaciales que hace al seguir ciertos procesos de construcción de la identidad regional, en ámbitos “rurales” de la Huasteca. La autora se propone identificar los mecanismos a través de los cuales los grupos sociales se reconocen como locales, o más específicamente, cómo es que producen o no, una sociedad regional, de acuerdo con Picon,

... para quien la interacción localizada de los actores sociales, en ámbitos de mutuo reconocimiento, lleva a producir modelos culturales y sociales originales (Pepin, 1997: 156).

Para ello analiza cuatro localidades con distinto nivel de urbanización en sus sociedades, todas ellas en el corazón de la Huasteca y que ilustran la diversidad de la que habla Long, esto es, una “gama de situaciones rurales” (op. cit.: 165-169). La sola selección de estos asentamientos ilustra a la perfección el continuum urbano de Redfield, a los que Pepin adscribe sus características culturales propias:

- a) Santa Engracia, paradigma de la comarca rural, “pequeña ciudad de ritmo y estilo muy poco urbano”, descrita escuetamente como “dos hileras de ejidos alineados sobre carreteras y caminos (...) paralelos a los ríos con tres (ciudades) de entre 2 y 10 mil habitantes”. Ejemplo que reitera la oposición entre ciudad y campo, pues no cuenta con ninguna infraestructura de servicios colectivos, por lo que depende totalmente de Ciudad Victoria y

- los ascensos sociales son marcados a través de la migración a la ciudad (op. cit.: 165-166).
- b) El siguiente escalón, todavía rural, la pequeña ciudad o villa de Alamo, en donde sus ejidos están equipados con servicios colectivos de uso micro-local: la escuela, una capilla, la infaltable plaza de los pueblos mexicanos, y como testimonio de la emergente clase media rural, el club familiar, el restaurante y hasta un hotel. Sin embargo, ese equipamiento no logra sustituir a la ciudad de Tuxpan cuando se trata de servicios mayores, aspiración que constituye uno de los principales factores de identidad local de sus moradores (op. cit.: 166).
 - c) El tercer caso, Mante, es uno de los ejemplos más claros de la transición rural-urbana, pues ha logrado un alto nivel de concentración urbana (75% de la población municipal) y desplegado sobre otros seis municipios alejados su influencia urbana gracias a una actividad rural, la cooperativa azucarera, que no obstante, es tenida como sinónimo de predominio obrero. Sin embargo, encontramos aquí poca oposición entre campo y ciudad –dice Pepin– y por el contrario, una fuerte compenetración, que se expresa en una amplia zona periurbana y suburbana (op. cit.: 168), que otros autores denominan agrociudad.
 - d) Por último, el puerto de Altamira, con una intensa actividad petroquímica y de otras industrias, aparición de colonias populares y convivencia de granjeros muy urbanizados, en un cuadro que Pepin califica, tal vez excesivamente, de “involución territorial” con una tendencia hacia la reorganización espacial alrededor de Tampico (op. cit.: 166).

En efecto, de la misma manera que antes vimos con la aplicación del concepto de contraurbanización al ámbito rural, la noción de “involución territorial” es difícil de aplicar en ciudades intermedias, pues ha sido propuesta para explicar el caso de las “ciudades interiores” de las grandes ciudades que, después de un período de decadencia (que coincide casi siempre con la expansión de su periferia), inicia una recuperación del centro tanto por la población (gentrification) como por actividades económicas casi siempre terciarias y de servicios (Mercado, 1997: 3).

No obstante sus diferencias, una característica comuna las cuatro “agrociudades” estudiadas, es la fuerte presencia de un lugar central regional desde el cual se definen relaciones diferenciadas de acuerdo con el tipo particular de “relocalización” que enfrenta. El mecanismo en el que la autora centra su atención para responder a la cuestión de la construcción de identidades con base en la “pertinencia territorial”, es la identificación de una clase media rural situada entre los

productores privados, que ven en la organización colectiva una mejor posibilidad para producir, y un segmento de ejidatarios exitosos.

Por último, otra autora que destaca solitaria ante el predominio de enfoques antropológicos y socioeconómicos, en el estudio de esa frágil corona de transición urbano-rural, es Soledad Cruz con lo que denomina la “urbanización de los ejidos”. Centrada en el caso mexicano, Cruz ha puesto la atención en el ejido como forma socio-espacial históricamente definida, que ha tenido un papel relevante en la urbanización de la periferia en las ciudades mexicanas. Dos de sus aportaciones al debate son: destacar la dominación-política y no sólo económica- de los actores urbanos (colonos, fraccionadores) sobre los rurales (ejidatarios y campesinos), así como señalar que el mayor efecto provocado por las modificaciones contenidas en la nueva ley agraria, más que un cambio radical en la tenencia de la tierra, ha sido dar un mayor peso a las instituciones que regulan los procesos, lo que eventualmente llevará a “una relación más conflictiva entre procesos urbanos y rurales” (Cruz, 1996: 142).

Conclusiones preliminares

Se encuentra un fuerte predominio de enfoques antropológicos y sociológicos del ámbito rural y aun de los económicos, en detrimento de los estudios geográficos, o espaciales.

A partir de un reconocimiento de la “crisis de los paradigmas”, que lleva a señalar la insuficiencia y obsolescencia de los conceptos tradicionales, en particular de la oposición campo-ciudad y centro- periferia, se advierte la propuesta de una serie de conceptos sugerentes de una nueva ruralidad, tales como rurbanización, localización y relocalización, agricultura periurbana, agrociudades, que intentan dar cuenta de los nuevos procesos.

Sin embargo, existe un vacío en los esfuerzos por territorializar, describir y enmarcar los nuevos procesos socioespaciales, que lleva incluso a recurrir, paradójicamente, a conceptos tomados de la economía espacial tales como los de suburbanización, contraurbanización, enclave, periferia, o reconocer el papel de lugares centrales fuertes en la constitución de gamas rurales, lo que hace impostergable, la inclusión de un apartado explícitamente territorial y un mayor diálogo entre disciplinas.

Referencias

- Acuña, B. y B. Graizbord (1999), "Movilidad cotidiana de trabajadores en el ámbito megalopolitano de la Ciudad de México", en Delgado, J. y B. Ramirez (coords.), *Transiciones. La nueva formación territorial de la Ciudad de México*, Programa de Investigación Metropolitana, Universidad Autónoma Metropolitana y Plaza y Valdés, México.
- Aguilar, A. G. y F. Rodríguez (1996), "Tendencias de des- concentración urbana en México, 1970-1990" en Aguilar, A. G. y F. Rodríguez (coords.), *Economía global y proceso urbano en México*, CRIM, UNAM, México, pp. 19-51.
- Aitken, R., N. Craske, G. Jones y D. Stansfield (eds.), (1996), *Dismantling the Mexican State?*, MacMillan Press, Great Britain.
- Alba, C., I. Bizberg y H. Riviére (comps.; 1998), *Las regiones ante la globalización*, CEMCA, ORSTOM, El Colegio de Mexico, México,
- Arias, P. (1992), "Dos nociones en torno al campo", en (varios autores), *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC, El Colegio de México*, Fundación Friedrich Ebert y El Colegio de la Frontera Norte, México.
- Barkin, D. (1997), "Una política alternativa para enfrentar al neoliberalismo", en Gómez, M. y R. Schwentesius (coords.), *El campo mexicano: ajuste neoliberal y alternativas*, Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agroindustria y la Agricultura Mundial, UNTA y Juan Pablos Editor, México, pp. 220-230.
- Bertrand et al. (1987), "Juazeiro-Petronia; un pôle maricher au coeur du Sertao", en Hélène Riviére d'Arc (coord.), *Portaits de Bahia*, Eds. de la Maison des Sciences de l'Homme, París, citado en Lara (1996).
- Bidou-Zachariasen, C., (1998), "La rigidez de la ciudad for- dista. Los suburbios franceses ante la crisis económica" en Alba *et al.* (comps.), *Las regiones ante la globalización*, CEMCA, ORSTOM, Ei Colegio de México, México, pp. 127-148.
- Bustamante, T. (1996), *Las transformaciones de la agricultura o las paradojas del desarrollo regional. Tierra Caliente, Guerrero*, Juan Pablos Editor y Procuraduría Agraria, México.
- Calva, J. L. (1997), "Políticas públicas para el desarrollo agropecuario sostenido con equidad", en Gómez, M. y Schwentesius (coords.), *El campo mexicano: ajuste neoliberal y alternativas*, Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agroindustria y la Agricultura Mundial, UNTA y Juan Pablos Editor, México, pp. 201-219.
- Carton de Gramont, H. (coord.; 1995), *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo*, Juan Pablos Editor y UNAM, México.

- Cruz Rodríguez, M. S. (1996), "La urbanización ejidal. El encuentro de dos procesos rural y el urbano" en De Teresa, A. y C. Cortés (coords.; 1996), *La nueva ciudad y la pobreza rural*, vol. II, Carton, H. y H. Tejera (coords.; 1996), *La sociedad mexicana frente al nuevo milenio*, cuatro vols., INAH, UAM y Plaza y Valdés, México, pp. 123-144.
- De Teresa, A. y C. Cortez (1996), "La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural", vol. II, Carton, H. y H. Tejera (coords.; 1996), *La sociedad mexicana frente al nuevo milenio*, cuatro vols., INAH, UAM y Plaza y Valdés, México.
- Delgadillo, J. (1993), *El desarrollo regional de México ante los nuevos bloques económicos*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México.
- Delgado, J. y B. Ramírez (coords.; 1999), *Transiciones. La nueva formación territorial de la Ciudad de México*, Programa de Investigación Metropolitana, UAM y Plaza y Valdés, México.
- García Bartolomé, J. M. (1996), "Los procesos rurales en el ámbito de la Unión Europea", en De Teresa, A. y C. Cortez (coords.; 1996), "La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural", vol. II carton H. y H. Tejera (coords.; 1996), *La sociedad mexicana frente al nuevo milenio*, cuatro vols., INAH, UAM y Plaza y Valdés, México, pp. 35-67.
- Geyer, H. S. y T. Kontuly (1993), "A theoretical foundation for the concept of differential urbanization" en *International Regional Science Review*, vol. 15, núm. 2, pp. 157-177.
- Gómez, M. y R. Schwentesius (coords.), *El campo mexicano: ajuste neoliberal y alternativas*, Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y Tecnológicas de la Agroindustria y la Agricultura Mundial, UNTA y Juan Pablos Editor, México.
- Hiernaux, D. (1991), "En la búsqueda de un nuevo paradigma regional" en Ramírez, B. (coord.), *Nuevas tendencias en el análisis regional*, UAM-Xochimilco, México, pp. 33-48.
- Ianni, O. (1996), *Teorías de la globalización*, Siglo XXI, CIICH-UNAM, México.
- Icazurriaga, C. (1992), *La metropolización de la ciudad de México a través de la instalación industrial*, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata, México,
- Lara Flores, S. (1996), "El papel de las mujeres en la nueva estructura de los mercados de trabajo laborales 'rur-urbanos'" en De Teresa, A. y C. Cortez (coords.; 1996), "La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural", vol. II, Carton, H. H. Tejera (coords.; 1996), *La sociedad mexicana frente al nuevo milenio*, cuatro vols., INAH, UAM y Plaza y Valdés, México, pp. 145-165.
- Lara Flores, S. y M. Chauvet (coords.; 1996), "Introducción del volumen", *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial*. Plaza y Valdés, México, pp. 19-33.

- Leborgne, D. (1998), "Espacios de crecimiento y flexibilidad en Europa," en Alba et al. (comps.), *Las regiones ante la globalización*, CEMCA, ORSTOM, El Colegio de México, México, pp 439-452.
- Lipietz, A. y G. Benko (1992), *Las regiones que ganan*, Edicions Alfons el Magnànim, España.
- Lipietz, A. y D. Leborgne (1990), "Nuevas tecnologías, nuevas formas de regulación. Algunas consecuencias espaciales" en Alburquerque Llorens, F., C. A. de Mattos y R. Jordán Fuchs (eds.), *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: Impactos y desafíos territoriales*. ILPES/ONU, Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Llambí, L. (1996), "Globalización y nueva ruralidad en América Latina: una agenda teórica y de investigación" en Carton, H. y H. Tejera (coords.; 1996), *La sociedad mexicana frente al nuevo milenio*, cuatro vols., INAH, UAM y Plaza y Valdés, México, pp. 74-98.
- Long, N. (1996), "Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural", en Lara Flores, S. y M. Chauvet (coords.), "Introducción del Volumen" *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial*, Plaza y Valdés, México, pp. 35-74.
- Mardsen, T., Ph, Lowe y S. Whatmore (1992), "Labor and locality: emerging research issues", Introducción al libro *Labor and locality. Uneven development and rural labor process*, David Fulton publishers, Londres.
- Mercado, A. (1997), Proyecto Centro Histórico. Ciudad de México, Informe final, Asamblea de Representantes del Distrito Federal, I Legislatura, Comisión de Desarrollo Metropolitano, México.
- Pepin Lehalleur, M. (1997), "En busca de sociedades regionales. Inserción social y construcción de la pertenencia territorial" en Hoffmann, O. y F. Salmerón (coords.), *Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación*, CIESAS-ORSTOM, México.
- Ramírez, B. (1996), "En la búsqueda de nuevas alternativas teóricas para el análisis regional", en Rodríguez et al., *El desarrollo Regional en México. Antecedentes y perspectivas*, AMECIDER, IIE y Universidad Autónoma de Querétaro, México.
- Ramírez, B. y J. Tapia (1999), "Globalización o escalas en el análisis territorial: el inicio de un debate", *XX Encuentro de la RNIU* (Red Nacional de Investigación Urbana), Tlaxcala, México, 1997 (mimeo).
- Richardson, H. (1980), 'Polarization reversal in developing countries', en *Papers of the Regional Science Association*, vol. 45, Los Angeles, Calif.
- Rosales, M. R. (1998), "Transformaciones territoriales y perspectivas de desarrollo regional mediante la pequeña industria", en Delgado, J. y B. Ramirez (coords.; 1999), *Transiciones. La nueva formación territorial de la Ciudad de México*, Programa de Investigación Metropolitana, UAM y Plaza y Valdés, México.